

**DISCURSO DEL PRESIDENTE DE MÉXICO, MIGUEL DE LA MADRID HURTADO,
DURANTE LA CENA OFRECIDA EN HONOR DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
FEDERATIVA DEL BRASIL, JOSÉ SARNEY**

Excelentísimo señor presidente de la República Federativa del Brasil;
distinguida señora de Sarney;
señoras y señores:

Esta noche Brasil y México renuevan, en un feliz encuentro, una tradicional historia de amistad, comunicación y afinidad. La atmósfera cordial que preside su estancia en estas tierras, obedece a las coincidencias que han enriquecido nuestro diálogo respetuoso y constante.

Los pueblos latinoamericanos tenemos ahora el privilegio de convertir nuestra gran convergencia histórica en una acción integradora, aplicando medidas concretas y continuas hacia tal propósito.

Al lado de las previsiones en favor de la cooperación y el desarrollo, debemos admitir, señor presidente, que la unidad ha de ser también espiritual o no será. Reducirla sólo a los esquemas del comercio, la economía o las finanzas, no propiciaría la indispensable participación directa de las sociedades nacionales.

Recordemos los grandes obstáculos que nos han impedido avanzar hacia la integración. Privilegiemos, por tanto, el conocimiento de nuestros pueblos, la libre circulación de ideas y valores, las afinidades políticas y la acción concertada.

Las más altas creaciones, la gran obra histórica de nuestros pueblos y la profunda sabiduría que entrañan sus enseñanzas, deben preservarse y ser soporte de los auténticos proyectos de unidad regional.

Imaginar un proceso de integración que prescindiera de tales valores, e ignore las formas propias de ser de cada nación, equivale a desdeñar peligrosamente las realidades de América Latina. La experiencia nos ha mostrado que los simples ejercicios especulativos acaban en la fragmentación o en el inmovilismo político.

Durante más de siglo y medio, América Latina vivió de espaldas a las exigencias de unidad, al centrar el esfuerzo político en la construcción del proyecto nacional propio.

La unificación regional, para trascender, tenía que poner el acento en la acción humana y particularmente en las tareas de la política. Había que dejar de lado, sobre todo, la idea artificiosa y paralizante de que la integración tenía que pasar por la homogeneidad y desconocer nuestra condición plural y multifacética.

Finalmente, al paso de los años han quedado expuestas nuestras verdaderas convergencias. Poco a poco redescubrimos los elementos que subrayan las semejanzas, configurándose el umbral de una auténtica comunidad de naciones. Empieza a diseñarse así, una cultura política que expresa, con creciente claridad, los anhelos, sentimientos e inquietudes de los pueblos latinoamericanos.

Independencia e integración no son hoy valores abstractos. Han trascendido el marco de la reflexión o del discurso para situarse como problemas centrales de nuestro proyecto histórico. Lo que los libertadores anticiparon, gracias al genio de su visión, la realidad lo confirma hoy, como requisito insoslayable para responder a los requerimientos y a las grandes cuestiones contemporáneas.

Tenemos una gran tarea política ante nosotros. Es necesario actuar con un profundo sentido realista y mantener, en forma simultánea, la congruencia histórica. Tenemos la obligación de evitar el espejismo de conformar alianzas de coyuntura que, lejos de llevarnos a la solución de nuestros mayores problemas, han impedido la articulación efectiva de los intereses de América Latina.

Por eso Brasil y México, en conjunto con Argentina, Colombia, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela, impulsan un proceso de integración que busca garantizar la seguridad global de la región, su cultura política e instituciones democráticas, sus proyectos nacionales y el desarrollo armónico, su bienestar social y el avance tecnológico, de acuerdo con el espíritu de la época y frente a los imperativos de una modernización que dibuja, en forma aún más crítica, el horizonte de una nueva centuria.

Al lado de los grandes rezagos estructurales del desenvolvimiento ha surgido, en los últimos años, una poderosa corriente que se opone a la cooperación internacional para el desarrollo, minimizando las justificadas demandas de prosperidad de la inmensa mayoría de las naciones. A nadie debería ocultarse que el subdesarrollo no es sólo problema para quienes lo padecen. Es también grave responsabilidad para el conjunto de la comunidad internacional.

Las medidas proteccionistas adoptadas por los países industrializados y las prácticas especulativas en los mercados mundiales, han acentuado los desajustes comerciales y financieros, dificultando que nuestras economías puedan responder, a la vez, a sus requerimientos inmediatos y a la necesidad de crecimiento y modernización.

Esta situación plantea la urgencia de importantes y profundas redefiniciones. No resulta útil la búsqueda del desarrollo bajo patrones que suponen un concepto de progreso lineal que, irónicamente, nos aleja cada vez más de las soluciones que exige la prosperidad efectiva de nuestros pueblos.

La propia agenda de problemas de nuestra región deja ver la urgencia de avanzar hacia alternativas propias y originales. Nos aproximamos, incluso con retraso histórico, al momento impostergable de superar y desechar viejos prejuicios. Por mucho tiempo condicionamos nuestras economías a formas dominantes del orden mundial. Para América Latina, esto significaba reproducir en una trayectoria previsible modelos ajenos a sus formas de integración regional e incluso de unidad política.

La realidad impone nuevas apreciaciones y estrategias. La idea de la concertación latinoamericana tiene ya, necesariamente, otras metas y alcances. Demanda, en primera instancia, una reevaluación de nuestras potencialidades y de los medios para garantizar los intereses de nuestros pueblos. Ha sido muy alto el precio que hemos pagado por un progreso que hoy la crisis cuestiona y consume.

El problema de la deuda externa refleja, con particular nitidez, las consecuencias de una estructura que debe ajustarse a las necesidades mayoritarias. Siendo países poseedores de grandes riquezas naturales, Brasil y México han debido acudir al endeudamiento externo para financiar sus economías. Nuestros productos han contribuido a la creación de importantes excedentes en los países desarrollados y no, como debería esperarse, a la capitalización suficiente de nuestros propios recursos. En cierta forma, los capitales que hemos recibido provienen de nuestras propias fuentes.

Cubrir el compromiso de la deuda es impensable sin que se aliente y promueva el crecimiento de nuestros países. A los gobiernos compete hacer los máximos esfuerzos en el orden interno por alcanzar este propósito. Pero el peso esencial de la reactivación económica mundial radica en los Estados industrializados. No condenaremos a nuestros pueblos a arrastrar la cadena de ajus-

tes unilaterales que mutilan sus demandas justificadas de desarrollo y bienestar. El ajuste exige simetría y responsabilidad compartida por las naciones que concentran el mayor volumen de riqueza.

Hace tan sólo tres años hubiera sido imposible alcanzar el consenso necesario para convertir, en dinámica realidad, iniciativas tan importantes como el mecanismo de concertación latinoamericano del Grupo de los Ocho. Al abrirse estas significativas oportunidades, la fortaleza de la democracia, el desarrollo económico, el progreso social y la defensa de los intereses latinoamericanos han ganado espacios vitales.

No basta, sin embargo, proclamar el retorno democrático como un hecho consumado. Es, por el contrario, un logro que requiere defenderse y ratificarse mediante la satisfacción de las necesidades populares. Preservar y asegurar las instituciones de participación ciudadana en América Latina conlleva, a su vez, el respeto estricto a las normas constitucionales de cada Estado.

Un ejemplo más de los graves problemas a resolver, es el de los conflictos centroamericanos. De la solución de esa crisis dependerá el destino y la seguridad de la región. Hemos celebrado, con gran satisfacción, el acuerdo logrado por los cinco presidentes centroamericanos reunidos recientemente en Guatemala. Confiamos, por ello, en que persistan en su voluntad de ejecutar los compromisos de paz que comprenden, como condición imperativa, la observancia de las normas y de los principios que rigen las relaciones entre los Estados.

Es necesario estimular la participación de la comunidad internacional y de los países de América Latina en un esfuerzo integral de desarrollo económico, científico, educativo y técnico para la región centroamericana. Sin la resolución de los problemas ancestrales de marginación y atraso, todo acuerdo de paz se convertirá necesariamente, en un arreglo inestable y temporal.

En este sentido, adquiere particular relevancia la contribución constructiva de los terceros Estados a la negociación pacífica y al diálogo, proscribiendo soluciones de fuerza que atentan contra la soberanía de las naciones.

Señor presidente:

Brasil y México tienen grandes potencialidades de complementación en lo industrial, comercial y científico que pueden y deben ser aprovechadas. Es necesario, en este sentido, impulsar los mecanismos que hemos establecido con objeto de instrumentar las áreas y los programas que tienen prioridad.

Debemos promover la investigación y el desarrollo de sistemas tecnológicos propios, con objeto de moderni-

zar, de acuerdo con nuestras necesidades nacionales, la planta productiva y los servicios sociales.

En la medida en que el proteccionismo dificulta el acceso de nuestros productos al mercado mundial, hemos de acudir a otras alternativas, como ampliar y consolidar el intercambio entre nosotros y darle, a este rubro, la indiscutible importancia que en realidad posee.

Las propias circunstancias mundiales nos llevan hoy a reforzar el intercambio bilateral. Es ésta una tarea que debe ser afrontada desde la óptica de nuestra propia independencia.

Dos pueblos como los nuestros, hermanados por su quehacer histórico e identificados en su creación artística e intelectual, en su trabajo y en su sensibilidad, deben ser capaces de consolidar esos lazos y traducirlos en una creciente amistad de frutos recíprocos.

No podríamos esperar menos de dos Estados cuya indiscutible importancia en el concierto mundial les asigna una particular responsabilidad. Lo que avancemos en esta dinámica bilateral tendrá, sin lugar a dudas, una señalada influencia en el ámbito regional y puede constituir, a su vez, en ejemplo de imaginativas respuestas a nuestro problema.

Su presencia en esta tierra mexicana, que le abre los brazos con sincero afecto, es oportunidad propicia para diseñar y estimular nuevas fórmulas de acción conjunta que nos permitan modernizar y profundizar los vínculos en campos aún inexplorados.

Me congratulo, señor presidente, por su contribución fundamental a la causa democrática y por sus aportaciones en favor de la concertación latinoamericana. Apreciamos en usted la más decidida vocación hacia el fortalecimiento de nuestra comunidad. Los mexicanos tuvimos pruebas fehacientes de su simpatía y solidaridad cuando nos visitó en los trágicos días de septiembre de 1985. Ello engrandeció la amistad entre nuestros dos pueblos. En nuestros queridos amigos brasileños reconocemos a una nación que, como ya señalaba Alfonso Reyes: "...concibe a la patria dentro de las armonías internacionales y nos reconcilia con la humana especie...".

Señor presidente y amigo:

Como testimonio fraternal del pueblo mexicano al pueblo brasileño; como muestra de la voluntad política del gobierno de México para ensanchar la cooperación bilateral; y en reconocimiento a la incansable labor de usted en favor del progreso del Brasil, del acercamiento con México y de la unidad latinoamericana, me es muy grato condecorarlo con el Collar de la Orden Mexicana del Águila Azteca.

México, D.F., 17 de agosto de 1987.